

## El mensaje

El teléfono sonó diez minutos antes de las seis de la mañana. Francisca buscó torpemente el aparato en la mesa de noche, pero no lo encontró. Sacudió las sábanas y claro, estaba ahí. Entre asustada y aturdida contestó y, del otro lado de la línea, una voz susurrante le dijo:

—Feliz cumpleaños.

—¡Te acordaste!

—Necesito que salgas a la puerta en este momento.

—¿Sabes la hora que es?

—Claro que lo sé, no hagas preguntas tontas y obedece.

—Pero papá y mamá podrían despertar y...

—¡Sal ya!

Francisca, que acostumbraba dormir con una vieja camiseta de algodón, agarró los gastados jeans que descansaban en la silla del escritorio y se los puso. Atravesó en puntillas el corredor que separaba su habitación de la de sus padres y bajó por las escaleras. Sintió su corazón ale-

tear al momento de girar la llave en el cerrojo de la puerta de la sala. Cruzó el jardín y abrió la puerta que daba a la calle.

Afuera no había nadie.

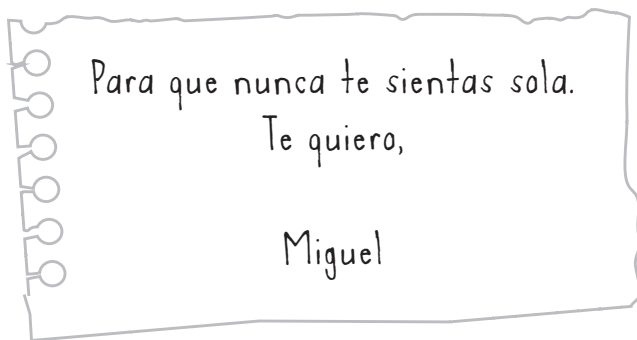
—No estoy para bromas —se dijo a sí misma.

Miró a un lado y otro, pero a esa hora todo lucía solitario y oscuro. A punto de entrar, notó algo extraño en el árbol plantado en la acera. Detrás del tronco y atado con un cordón grueso dormía un cachorro labrador negro.

Francisca lo desató, lo envolvió con el largo borde de su camiseta y lo llevó dentro de casa. Ya en la cocina lo colocó sobre la mesa y, entonces, descubrió que sujeto al collar pendía un mensaje escrito.

Francisca lo leyó y sintió que un nudo le atrancaba la garganta.

El mensaje decía:







## Un perro

En repetidas ocasiones, y desde que Francisca era una niña pequeña, tumbados sobre el pasto mirando al cielo, ella y su hermano mayor habían repetido el cuestionario esencial de sus vidas, cuestionario al que volvían cuando menos una vez por mes, alternadamente haciendo uno de interrogador y otro de interrogado, convencidos de que al memorizar cada respuesta estarían estableciendo su propia filosofía:

- ¿Entre el Real Madrid y el Aucas?
- Me quedo con el Aucas —respondía ella.
- ¿Entre una araña y un ciempiés?
- Cualquiera de los dos..., pero cojos.
- ¿Entre el olor a playa y el olor a montaña?
- A playa.
- ¿Entre Cenicienta y Batichica?
- Batichica.
- ¿Entre la luna y el sol?
- Las estrellas.

—¿Entre Arjona y el silencio?

—¡El silencio!

—¿Entre un perro y un gato?

—Un perro, claro.

Francisca se quedaba pensando y luego añadía:

—Pero no cualquier perro, tiene que ser uno grande, no me gustan los de raza pantufla.

—Y tampoco los sofisticados, como aquellos que deben ir a la peluquería dos veces por mes —decía él—, ¿te has fijado en la cantidad de perros que van por la calle mejor peinados que sus dueños?

—¡Y más limpios! Hay perros que se lavan el pelo y se cepillan los dientes con más frecuencia que sus amos, ¿te he contado de mi profesor de Educación Física? Tiene aliento de dragón, cada vez que abre la boca se marchitan todas las flores del colegio; si existiera una elección de Mr. Tufo, de seguro ganaría el primer lugar. Él está convencido de que seré una gran atleta, pero no se da cuenta de que cada vez que lo veo llegar, corro con todas mis fuerzas para que su aliento de bomba molotov no me alcance.

—Yo prefiero los perros grandes, con patas gordas y con buen aliento.

—A mí la raza me da lo mismo y las patas también —aseguraba Francisca—, lo importante es que el perro tenga cola. Los perros sólo saben decir que están felices o lo mucho que te quieren con la cola. Cuando veo uno

al que se la han cortado, siento lástima porque me parece que le han arrancado la sonrisa.

Desde que Miguel se había ido de casa, tres meses atrás, también Francisca sentía que de alguna manera le habían arrancado la sonrisa. Se había sentido muy sola y estaba claro que únicamente él, su hermano, sería capaz de entender lo feliz que le haría la compañía de ese pequeño labrador negro que llegó sorpresivamente el día de su cumpleaños.

Las mascotas estuvieron siempre prohibidas en casa y, para justificar esta censura, los padres de Miguel y Francisca parecían haberse puesto de acuerdo en el discurso que sostenían y que, a decir verdad, parecía copiado del programa de televisión Primer Impacto.

—Dicen los expertos —comentaba el padre muy serio, como si estuviera repitiendo las palabras del mismísimo Einstein— que los perros son animales salvajes y que pueden ser domesticados sólo en parte. No es extraño que en un momento de locura ataquen a sus propios amos.

En ese punto de la exposición, entraba la madre con los ejemplos espeluznantes de crónica roja:

—He sabido de un perro que atacó a una viejecita y la dejó sin orejas... ¡sin orejas! La pobre debe parecerse a una gallina.

Escuchar a ambos hablar sobre los perros era como escuchar a un oficial de policía conversando sobre Jack, el

Destripador. Pero la verdad es que la prohibición no tenía nada que ver con el documental de un perro salchicha que se había comido a su dueño, sino que para mamá los perros eran los principales productores de toda la porquería que a ella le tocaría limpiar, mientras que para papá una mascota era igual a un montón de gastos; y cualquier cosa que implicara demasiada limpieza y demasiados gastos tendría pocas posibilidades de ser aceptada en el hogar.

Los dos hermanos se cansaron de pedir y pedir un perro en cada Navidad, en cada cumpleaños y cada vez que sus calificaciones tenían un brillo particular; la respuesta ante la petición de una mascota era siempre:

—No, no y no, a esta casa no entrará jamás una peligrosa bestia peluda.

Pero entró.

Ya con el cachorro caminando sobre la mesa de la cocina, Francisca quiso darse tiempo para pensar en la excusa que inventaría ante sus padres. Admitir que se trataba de un regalo de Miguel sería el pasaporte directo del perro hacia la calle o hacia la perrera municipal. El asunto era tan difícil como esconder una jirafa en la bañera.

Al cabo de unos minutos, el cachorro, que no tenía el mismo interés en la discreción de su nueva dueña, comenzó a ladrar con insistencia y casi de inmediato los padres de Francisca entraron en la cocina.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó la madre resregándose los ojos.



—Nada, ma, es un perrito que encontré en la calle.

—¿A esta hora? Son las seis de la mañana, ¿qué hacías en la calle?

—¿No es curioso? Lo escuché llorar y salí para ver de qué se trataba, debe estar perdido o quizá se ha escapado de una casa vecina.

El padre se aproximó a la mesa para ver al animal y descubrió la nota escrita por Miguel, Francisca intentó arrebatársela, pero fue en vano, él la leyó en silencio mientras una marcada arruga en la frente delataba su rabia. Francisca, intuyendo el problema que se le venía encima, encontró una buena salida diciendo atropelladamente:

—¿Nadie me va a felicitar? ¡Hoy es mi cumpleaños, hoy cumplo 14!

Sus padres, que aún no salían de la desagradable sorpresa, no pudieron hacer otra cosa que abrazar a su hija y disimular el fastidio que les provocaba aquel problema negro de cuatro patas.

El desayuno transcurrió con una tensión mal disfrazada de celebración. La nota de Miguel había caído dentro del basurero de la cocina convertida en, al menos, doscientos pedazos minúsculos. Su padre la había leído y luego la había transformado en pequeños fragmentos, como había hecho con casi todo lo que Miguel había dejado en casa al irse. Tras su partida, todo había ido a parar en el basurero convertido en retazos irreconocibles: ropa,

cuadernos, libros, fotografías, etc., como si al tritular los recuerdos el resentimiento encontrara calma, como si existiera una relación geométrica-matemática entre el tamaño del rencor y la cantidad de pedacitos en los que se convierte una carta al destrozarla.

—¿Puedo quedarme con él?, prometo que lo cuidaré —se atrevió a preguntar Francisca mirando al cachorro, y lo hizo intentando imprimir toda la naturalidad del mundo a su pregunta, como si en lugar de hablar del animal estuviera pidiendo permiso para quedarse con unos calcetines nuevos.

La madre sonrió y casi mecánicamente cambió de tema, era una experta en evadir aquellos asuntos que podían convertirse en una explosión atómica:

—¿No te gustaría saber quiénes vendrán esta tarde a celebrar tu cumpleaños?

—Yo compraré su comida, ma, y lo sacaré tres veces cada día, nadie tendrá que preocuparse por el cachorro —insistió Francisca.

—Vendrán los abuelos y tus tíos, he invitado también a Carolina, tu amiga del colegio.

—El papá de un chico de mi clase es veterinario, puedo pedirle que se encargue del cachorro, así no tendrán que gastar en vacunas.

—Aún no me has dicho si prefieres un pastel de chocolate o uno de manzana —comentó la madre haciéndose la sorda ante las palabras de Francisca.

—¡Lo que quiero, mamá, es quedarme con el cachorro!, ¿puedo?

Pero ese “¿puedo?” no obtuvo ninguna respuesta. Francisca se cansó de mirar a los ojos de sus padres, alternadamente, como si estuviera presenciando un silencioso partido de tenis.

Masticó un pan tostado con mermelada de mora y silencio. Bebió un vaso con jugo de naranja y silencio. Tragó un pedazo de queso y, por suerte, en ese momento el cachorro volvió a ladrar.

A Francisca a veces le parecía que un ser enorme debía estar manipulando constantemente el control remoto de su casa, como si fuera el control remoto de un televisor; ese alguien a veces subía el volumen a niveles insostenibles, haciendo que cualquier frase simplona se convirtiera en un grito violento y, en otras ocasiones, como la del desayuno, ese alguien presionaba la tecla mute y todo se quedaba en silencio. Los movimientos continuaban, pero la vida se silenciaba angustiosamente y nadie entendía con claridad lo que estaba ocurriendo.

Francisca se agachó para acariciar al cachorro y en ese instante se sintió fuerte. ¡Era su cumpleaños!, y eso, de una manera que no sabía explicar, le otorgaba cierta seguridad especial, como si la fecha la volviera inmune a la rabia de sus padres, como si su cumpleaños le otorgara un salvoconducto para que nadie pudiera castigarla ni responder con una negativa a sus peticiones.

“A nadie pueden estropearle un cumpleaños”, pensó ella, “si existe una fecha con varita mágica, quizá sea ésta”. Con mucha seguridad lanzó entonces su sentencia:

—Me lo voy a quedar, está decidido. ¡Bienvenido a casa, Solón!

Solón ladró contento.

Francisca rio.

La madre tosió.

El padre siguió masticando su pan tostado y tragando silencio.

\*\*\*

Los días pasaron y Francisca descubrió que tener un perro en casa no era exactamente como ella lo había imaginado... ¡Era mucho mejor!

Aunque Solón era apenas un cachorro y únicamente sabía dar ladridos agudos, cuando Francisca le hablaba, parecía como si él la entendiera.

En su primer día juntos, ella creyó necesario darle algunas pautas:

—Tú te llamas Solón, S-o-l-ó-n, ¿entendido? Mira mi boca, si acaso eres un perro sordo, deberás aprender a leer mis labios, cuando te llame mis labios formarán un círculo muy apretado y la lengua quedará aprisionada mientras yo digo “Solón”. Ya sé que no es un nombre común, e incluso a algunos les parecerá un poco feo, pero a mí me gusta, y así como otras chicas se han pasado años y años ima-